

# EL TRADICIONAL OLENTZERO

JAVIER MARIA SADA

La Navidad en el País Vasco tiene sus propias formas de celebración dentro de los grandes denominados comunes que podemos encontrar en toda la cultura occidental.

Junto a los villancicos, Nacimientos, adornos, degustaciones gastronómicas... En Euskadi, ayer más que hoy, existía la figura del árbol. Un árbol con personalidad propia, con notables variantes sobre el tradicional abeto y, en todo caso, a diferencia de éste, con raíces más cercanas a los rituales del solsticio que de la Navidad propiamente dicha, aunque las adaptaciones lo han acercado sobremanera al culto a la familia, al hogar, al calor producido más por la venida de Cristo que por las llamas de la hoguera.

Cuentan los más veteranos que el ritual comenzaba en otoño. Ya en aquella época del año los mozos retiraban al zaguán de la casa el tronco más apropiado a sus pretensiones sin que, en algunos lugares, el propietario pudiera oponerse a ello. Se recorrían montes cercanos y se transportaba el árbol que era recibido por toda la familia junto a la puerta principal de la casa. Mientras se producían los comentarios relativos a si la elección había sido buena o mala, se degustaban manjares elaborados en la propia cocina, siendo motivo de tertulia entre familiares y amigos. Falta mucho para la llegada de la Navidad y el tronco era depositado en lugar seguro hasta el 24 de diciembre.

Llegado este día, y tras la recogida de aguinaldos, canto de villancicos y recorrido de los caseríos más próximos, la familia se disponía a sentarse en torno a la mesa y vivir el rito del «Tronco de Nochebuena» o «Tronco de Navidad», de la Navidad vasca.

A partir de este momento se iniciaban los rituales que variaban dependiendo del lugar consultado.

En algunos pueblos se dejaba quemar todo el tronco para guardar sus cenizas hasta la noche de San Juan, creyendo protegerían a la casa de rayos y otros peligros.

En otros se retiraba el tronco cuan-

do no estaba consumido del todo para, igualmente, guardarlo hasta el mes de junio.

También se troceaba en tantos pedazos como miembros tenía la familia, correspondiendo a cada uno guardar su trozo como amuleto.

Había quienes partían un trozo de más, destinándolo a Dios, o a Jesús, para que, a través de él, protegiera la vivienda de todo peligro.

El troceado, en ocasiones, se hacía antes de quemarlo, de forma que cada persona depositara su propio tronco en el fuego quemando con él cuanto de malo pudiera rodearle y, por ello, quedando liberada del Mal.

Pero todo este ceremonial quedaba anulado por el que de verdad identificaba a la familia con el periodo navideño. Antes del ritual del fuego, antes de pensar en las distintas formas de celebrar los ritos del árbol o tronco vasco, por las calles, por las proximidades del caserío, por los caminos, había sido paseado Olentzero. Olentzero era el verdadero pregonero de la Navidad, el que anunciaba la llegada de la luz. En versión cristiana: la Luz de Cristo.

Olentzero, al decir de los estudiosos, tras pasar todo el año en la montaña, descendía a los pueblos más cercanos cuando el invierno anunciaba su llegada. Solicitaba aguinaldos con los que pasar el resto del año y, tras pronosticar el futuro, regresaba a las cimas de los montes (no olvidemos la tradición de Sant Pansart que, con el sonido de los cencerros, deseaba un nuevo año lleno de venturas para la familia y los campos). Vinculado al solsticio de invierno, su existencia fue adaptada al cristianismo llegando a fundirse con la nueva religión sin que por ello haya dejado de conocer etapas en las que su presencia resultaba incómoda y, por ello, censurada.

Ubican algunas versiones, la figura de Olentzero, en la Sierra de Aralar durante la era precristiana. Cuentan que, en medio de una fiesta, por el horizonte se acercó una nube luminosa que causó temor entre los presentes. Asustados, fueron en busca



Irún. Olentzero.

del más anciano del lugar, preguntándole el significado de aquel fenómeno: «Hijos míos —les dijo—, ha nacido Kixmi (Cristo). Nuestra casta —la de los gentiles— ha llegado a su fin. No quiero vivir más. Precipitarme por el peñón de Ausa.»

Y sus vecinos cumplieron la petición y le arrojaron por el barranco. «Pero la nube seguía avanzando hacia ellos haciendo que salieran corriendo y asustados. Al llegar al valle de Arraztarán se metieron en el dolmen de Jentilari, mientras uno de ellos corría a los pueblos próximos contando lo que estaba pasando en Aralar y enterando a todos del nacimiento de Cristo. Esta persona fue el primer Olentzero de la era cristiana.»

De esta forma la figura mitológica que antaño anunciaba la llegada del Sol se convertía en pregonero de Cristo. Esta constante se repite en las numerosas versiones que hasta nosotros han llegado sobre los posibles orígenes de la figura de Olentzero.

Baroja, Barandiarán, Azkue, Linazasoro... están de acuerdo en que sean cuales fueran los auténticos orígenes de Olentzero, lo cierto es que actualmente se le ha sacado de su entorno natural.

Cuentan que antiguamente su celebración estaba limitada al este de la provincia de Gipuzkoa y, como mucho, a algunos pocos kilómetros de la costa guipuzcoana, mientras que en la actualidad puede ser encontrado en numerosas localidades de Navarra, Vizcaya, Alava, Iparralde... adaptándolo en cada población a la

idiosincrasia de sus habitantes: lo vemos de marinero en pueblos de la costa, de pastor donde abundan los rebaños, de carbonero donde se practicaba esta profesión y en las más variadas versiones en poblaciones como San Sebastián, donde cada barrio lo representa como lo considera más conveniente.

También sería conveniente —llegados a este punto— recordar cómo en la Navidad vasca existía la palabra «Onenzaro» utilizada, precisamente, para denominar al período del año en el que se celebra el nacimiento de Jesucristo.

Olentzero, tradicionalmente representado como bonachón, glotón en los más de los casos, fue, en ocasiones, motivo de terror infantil: «En Berastegui —escribe Juan Garmedia Larragaña—, al igual que en otros muchos sitios, se ha dicho a los niños que "Olentzero" lanzaba una hoz o "itaia" por la chimenea, para que de esta forma degollar a los que se resistían a ir a la cama, y en Areso se les decía: "erne ibiltzeko, erretiratze-ko goiz etxera" (que había que estar listos para ir pronto a casa). En El-duayen se decía a los niños que el día de "Gabon", una vez anochecido, había que asar las castañas en el tamboril, para que así, con el ruido producido por este ingenio, Olentzero no osara entrar por la chimenea y se viese obligado a intentar hacerlo en otro caserío.»

En Albiztur, por ejemplo, se temía la visita de Olentzero como si de un ogro se tratara, siendo los niños los que se encargaban de mantener alto el fuego de la chimenea para evitar que por ella bajara tan temido personaje. Y, precisamente para que fuera temido, en lugares como Bedayo se le tiznaba de negro la cara con el fin de hacerlo más terrorífico y conseguir más fácilmente el popular y tradicional objetivo del susto a los niños.

¡Qué lejos están estas interpretaciones del antiguo Olentzero con el nuevo, que no sólo no asusta, sino que sustituye a Papa Noel, Santa Claus e incluso los Reyes Magos para, la noche del 24 de diciembre, traer regalos a los niños!

«Orra, orra, gure Olentzero,  
pipa ortzian dula  
exerita dago.  
Kapoia baditu  
arrautzatxukin  
biar meriendatzeko  
sagarduarekin.»

(Eh ahí, eh ahí, nuestro Olentzero, con la pipa en la boca está sentado, tiene capones y huevos para merendar mañana con sidra.)

«Emen eldu gerade,  
berri on batekin,  
gure embajadore,  
Olentzarorekin.»

(Aquí llegamos con una buena nueva, con Olentzero nuestro embajador.)

«Olentzero juantzaigu,  
mendira lanera,  
intenziuarekin  
ikatz egitera;  
aditu zuenian  
Jesús jaio zela,  
lasterka etorri omentzen  
parte ematera.»

(Se ha ido al monte para hacer carbón, pero en cuanto ha oído que Jesús ha nacido, se ha vuelto corriendo a divulgar la noticia.)

La generación de los cuarenta ha conocido la figura de Olentzero más por referencias que por propia experiencia, salvo excepciones, hasta la década de los setenta.

Razonamientos religiosos y políticos impidieron anualmente su celebración. En Donostia - San Sebastián fue el grupo de danzas vascas «Goizaldi» el que durante cinco años (1959-63) organizó un Olentzero que recorría las calles las noches del 24 y 31 de diciembre. Anteriormente se había producido una iniciativa popular que concluyó con problemas de «orden público».

Olentzero, cuya palabra José de Arteche dividía en dos partes: «olen», metátesis vasco de Noel, y «tzaro» o

«aro», época de Noel, y que Caro Baroja relaciona con la época de las «Olerias» o días en los que se cantan las antífonas que comienzan con una «O» con notable influencia francesa, «misterioso, montaraz y terrorífico, comilón y bebedor» era cantado por «Goizaldi» con las estrofas que recopilamos a continuación como término de nuestro trabajo:

«Gabon, gabon!  
Donostiarrak, Gabon  
da berrion.  
Zeru ta lurak alkartu dira  
gau argi onetan;  
Jaungoikoaren pakea dabil  
sendi guztietan,  
Olentzero  
Berrionakin zoraturik  
dago.  
Txondarretako ikatz onenak  
ditugu opari  
otzak daukagun Belengo Jesus  
jaioberriari...  
Olentzero  
Berrionakin zoraturik  
dago.  
Gabon-gaba!, Zeru gaba!  
Zeruan argi da.  
Eta aingerua egalari  
Bordaz-borda dabil kantari  
"Aintza Jainkoari  
Pakea gizoneri".  
Aziko naiz albistean  
pekatariak esaten  
zergatik dago an Jaungoikoa  
gizon eginda Belenen.  
Bein betian txingurri bat  
arrorik zebilen Edenan,  
jaundiagorik nor da emen!  
Ja, ja, ja, ja, ja, ja.»